

ENRIQUE BANCHS

PROSAS

BAHÍA BLANCA

¿Qué hay en este fenómeno de las ciudades de grandezas improvisadas? Algo enfermizo, pienso, o por lo menos algo que se asienta en cimientos inconsistentes porque fuerza los períodos progresivos de la vida natural. Es su grandeza imponente como los pabellones de las exposiciones, un almacén de madera que fingiendo la fortaleza de un monumento está hecho para algunos meses y viene a tierra pasada su razón de ser. La razón de ser de Bahía Blanca reside en la riqueza agrícola de la zona sur de la provincia de Buenos Aires, pero que vengan malas cosechas sucesivas y la ciudad se muere irremisiblemente con todo su aparato de *parvenu*. Ahora mismo, en este año, resentida la cosecha como lo está, ¿no hay en Bahía Blanca una sombra de desolación y su puerto no es como una casa vacía?

Es vano y erróneo marcar la importancia de una ciudad por sus balances. La riqueza verdadera tiene trono en las virtudes del espíritu y en la cultura. Todas cosas que no tiene Bahía Blanca. El bufón no será príncipe porque apriete sus sienes una corona o un armiño le baje de los hombros. Tanto más conviene hacer comprender esto ahora cuando la ocasión del Centenario decanta fervorosos himnos a la Patria porque es rica y es grande. Nosotros sonreímos tristemente ante ese engrandecimiento de las cosas y achicamiento de las almas porque más la queremos pobre que no sin virtud; y bien sabemos lo poco que nos vale esta ostentación de carnaval y lo poco que nos importan los capitales extranjeros, la inmigración y la *réclame* y la misma civilización industrial que nos deforma las manos hechas para mejores cosas; bien sabemos que Grecia no tenía bueyes. Porque la Patria no es como las imágenes muertas de los altares: ¿para qué ponerle dentro un almacén de madera si necesita la médula invisible de las cosas espirituales? Es de niños juzgar de la grandeza de una casa por el paramento, por la cosa concreta que se puede tocar y no por su significado que pide intérpretes más aguzados que los ojos. En suma, lo que hay en esto es una torpeza de tacto, ineducado a la delicadeza de la finura escondida.

Hay ciudades que parecen un rosal humilde, como Jujuy y Santiago; otras, casas familiares que habitan ancianos, como San Juan y San Luis, u hogares nuevos donde vaga una canción, como Mendoza. Rosario es como un mostrador lleno de comida y se diría que en sus alrededores hay un olor de fritura. Bahía Blanca es así, que no en vano es la hermana del Rosario y la hija menor del Buenos Aires suburbial.

Pero falta saber todavía si aun considerada en la faz económica que tanto la pregona, es Bahía gran ciudad. En cuanto a su aspecto urbano, que parece que aún no se ha desprendido de los andamios, es inferior al de casi todas las ciudades argentinas; nómbrese al azar: Córdoba, Tucumán, Santa Fe, Mendoza. No tiene ninguno de esos encantos virtuales que apenas concretan las palabras y que se derivan de un detalle ínfimo, de una tonalidad del ambiente, de un rasgo muy propio, de la tradición. Perfectamente antipática, Bahía Blanca está sumando bolsas en la puerta de una barraca.

Su desenvolvimiento rápido, con pujos de coloso y sorpresas de inagotable, obedece en primer término a la excelencia de su situación geográfica y a la riqueza majestuosa de la

zona inmensa que la circunda. Con un magnífico puerto que sería aún más grande si fuese trabajado, es punto obligado para el embarque de la exportación a ultramar. El movimiento de su puerto es la matriz de todas las demás operaciones relacionadas con el capital. Pues donde se vende se compra; es decir, que el agricultor que hace una operación en Bahía Blanca, allí mismo se provee de los útiles de labranza y vestuario que lleva a los puntos más lejanos de la provincia. De aquí que sus casas de comercio sirvan, más que a la ciudad que por sí es pobre, a una extensa campaña. La ciudad es un vertedero de dinero extraño y por sí misma es incapaz de producirlo, no teniendo, como tiene el Rosario, por ejemplo, industrias urbanas. Es exclusivamente comercial, mercado y no fábrica. Por eso mismo, porque su vida depende casi solamente del gran territorio adyacente, es difícil se produzca en ella la aglomeración y al propio tiempo expansión de las grandes ciudades. Es, en segundo término una estación de ferrocarriles. Su crecimiento, si lo siguen rigiendo las condiciones actuales, tendrá pronto límite o a lo más la ciudad extenderá una línea de casas hasta unirse con la población de Ingeniero White, es decir, con su puerto, del cual la separa cerca de una legua. Su porvenir está en llegar a ser capital de provincia, de una nueva provincia que, según el viejo proyecto, dividiría en dos a la de Buenos Aires. Con asiento de autoridades y jurisdicción fuera de sí, adquiriría un incalculable impulso esta ciudad que ahora mismo tiene más fuerza que La Plata. Pero ésta, ya se sabe, es una ciudad muerta.

En Bahía Blanca, se encuentra en embrión, pero definida perfectamente, la nueva característica nacional, es decir, la de no tener ninguna, lo cual constituye una. Se muestra en sus casas, en su espíritu y en sus gentes. Las primeras no obedecen a ningún tipo propio, ni nacional ni extranjero: un hibridismo arquitectónico perfecto, no presidiendo más razón ni criterio que el de hacer la casa cómoda y barata y como ese criterio es general, todas las casas son iguales, no habiendo más diferencias que las que origina el capital invertido en ellas: son grandes y chicas. De igual modo, como todas son nuevas y de una misma época, no tienen el encanto de las casas donde la vida se detuvo mucho.

He dicho que se parece al Rosario, pero el Rosario está sembrado de trasuntos del pasado, como un alma de recuerdos, y tiene un núcleo urbano apretado que ofrece una remembranza de colmena. Bahía Blanca, en cambio, con sus calles muy anchas, sin un árbol, bordeadas de casas bajas y de tráfico limitado, tiene un especie de vacío que nada atenúa. La ausencia de árboles, desoladora, duele a los que están educados en su amor, o gustan simplemente de su gracia infinita. Tal vez esta prescripción de santos huéspedes contribuya a quitar alma a la ciudad.

De su espíritu no sé qué diga, si no es que palpita de una sola ansia: **la de vender y comprar**, desligándose de todas las sollicitaciones que inquietan, perfeccionándola, la vanidad de la vida. Seguramente no conoce la caridad y tampoco se da tiempo a practicarla; seguramente no tiene más sacudimiento patriótico que el que le lleva a izar una bandera en los aniversarios, un patriotismo de casa de comercio; ninguna pasión regional, mala o buena, la exalta y quizá el humo de las máquinas y la tierra que el viento levanta en las calles le oculta las lumbrecillas de las estrellas. Claro que así casi no se vive y puede llegar un momento en que la ciudad, lo mismo que un hombre, mire a los años pasados y se pregunte: ¿he vivido? Bahía no es amada por sus propios habitantes: el amor civil que constituye una de las columnas de la ciudad. Se diría que todos sus habitantes están de paso; que nadie reposará en ella sus últimos años.

Hay una igual relación en sus gentes como en sus casas. Producto, la población, la de arraigo y la de paso, de las más heterogéneas venidas; el ambiente le ha limado los rasgos

extraños, **hasta darle una suerte de parecido**, desde que no hay nada que nivele más que el interés. Dominando un democratismo absoluto, no hay aquí, como en otras ciudades, clases sociales definidas, y estas divisiones, cuando no son establecidas racionalmente, es decir, por méritos personales, no son más que el derecho de unos y otros a mayor y menor holganza. No puede suceder en Bahía, porque todos trabajan; es eminentemente trabajadora, en un grado comparable al de Buenos Aires, más aún.

Se extiende mucho, pero en campo raso, con caseríos dispersos; se extiende, pero es un tumulto de rieles, de vagones, de depósitos, pues está cercada por el cinturón de hierro, de múltiple trabazón, de los ferrocarriles. Lo que se empieza a ver son estibas de maderas surgiendo entre los yuyales de flores amarillas, estibas metálicas, de vigas, durmientes y rollos de alambre pálidos, como pirámides de ceniza. O en el recinto de catedral de los galpones de zinc, las murallas de bolsas rubias, el olaje espumante de las lanas.

Y entrando más, los barrios obreros polvorientos y desiertos, de casitas de dos o tres piezas con su buena intención de jardín al frente y la pared a la calle, con reja, donde una mimada enredadera nunca se resuelve a crecer. Es obra excelente, obra de cultura, aunque este carácter no salte a la vista, la de las casas obreras independientes, en lugar de la vivienda común a muchos que, por otra parte, aquí no existe. Reliquias del pueblo viejo ya no quedan si no es alguna que otra pared que se desmorona y eso es todo. En todas partes la sensación de ciudad nueva e improvisada. Empiezan las calles pobladas distinguiéndose con el gris de tormenta de su granito nuevo. A los lados más depósitos, roperías, lomillerías, casas de arados... Y destacándose como torres, o como fragmentos de colosales murallas, las casas de tres y cuatro pisos, que tomadas aisladamente, son trasuntos de las grandes ciudades, sin que nada les falte de lo que otorga la magnificencia de la civilización rica. Pero entre ellas, por un tipo perfecto y armonioso que subyugue los ojos con la serenidad de un paisaje, ¡cuántas que no tienen más que la pretensión ridícula de ser grandes y son grandes deformemente, como el sapo de la fábula! ¡Qué desatinada ornamentación, recargada y confusa! Cornucopias que parecen panes, cariátides con pómulos mongoles y senos reventando como sacos demasiado llenos, atlas de débiles piernas hundidas en el muro y desproporcionadas espaldas de talud. Creed que no es para poner en vitrinas el sentido estético de estos constructores italianos. Siempre he pensado que una cosa tan delicada como el rostro de la ciudad debería ser velado por un comité de artistas.

La municipalidad levanta sobre el tumulto urbano una gran torre capitolina, como erguido cuello de cisne que se ve desde el mar. Domina a todo y la casa con su frente rayado de líneas de bombitas eléctricas como vestigios de andamios y su escalinata y su interior todo blanco —*foyer* de nieve— es una de las más nobles construcciones. Bien puede tener un palacio comuna tan rica, que más rica sería con otros comuneros. Pero se entra en él y hay un silencio de templo y soledad y quietud en las oficinas muertas, como si sirvieran a uno de esos pueblos de vida mediocre.

Y en seguida los bancos. ¡Diez bancos! ¡Qué potencia! ¿No dice este solo dato más que muchas páginas? ¿Cuántas ciudades argentinas tienen diez bancos? Como siempre, son sus edificios los mejores, flamantes, y recios, majestuosos en la conciencia de su riqueza, de su importancia. Y como Bahía es en parte una prolongación de Buenos Aires, todas las casas de allí, cuyo nombre vuela en el mundo infinito de los letreros desparramados en todo el país, tienen sucursal digna de la madre, y es claro, alojadas en muy altas casas de orgullo urbano que valen infinitamente más de lo que tienen. El comercio de Buenos Aires ha

hecho la faz moderna de Bahía Blanca. Un caso más, palpitante, de la descentralización de Buenos Aires, porque es descentralizarse arrojar un pedazo de sí al medio de la pampa. Pero el mismo fenómeno puede interpretarse inversamente, como centralización, ya que la gran urbe argentina somete a su dominio a las hermanas menores, imprimiéndoles los rasgos de su modalidad. ¿Urbe argentina? Es un error: Buenos Aires no es una ciudad argentina.

Dos grandes calles congregan la médula de Bahía: O'Higgins y San Martín. En ellas los negocios opulentos de un rico bulevar, las vidrieras rebosantes de cristalería, el lujo interno que nadie creería hallar pasando cierta latitud; él café como un salón de plata y roble labrado; y rayando la franja de cielo, franja de bendición y de serenidad que dejan ver las dos filas de casas, los letreros luminosos. Dan a entender los carteles que llenan asombrosamente las paredes en una decoración de teatro o de feria por la danza alocada de colores de un duelo de vecino por quien pone más grandes, quien tapa a quien, como en los manifiestos políticos. En otro sentido, se piensa que los letreros cuando son tantos tienen un significado que penetrado bien no es despreciable e ilustraría más que cualquier otro detalle sobre el carácter de una ciudad. Representan hervor de vida, **ansia de ganar... y mentira**. En otras ciudades hay árboles, cosa plácida y de soñadores, en otras, calles y casonas umbrías; pergamino de antigua tradición, aquí letreros. Exceptuando estas dos calles y alguna que otra que sólo en el espacio de una cuadra se inspira en sus huellas, con ostentación de riqueza de vidrieras, las demás son de una sequedad austera de riqueza que quiere parecer pobre y están sumidas en un manto de silencio y vida sin ruido, sin más ruido que el alborotador de las llantas en el granito, que es bastante para una calle y poco para una casa, si no tiene para acompañarlo voces de niño. Bahía Blanca es casi triste como un obrero. Y sin embargo, con sus calles anchas y sus casas nuevas, es clara y el sol la lava toda con una prodigalidad que la hace sufrir. Que la hace sufrir, digo, pues a pesar de tan al sur, es en el verano de un clima desproporcionadamente caluroso, a cuya molestia se junta, en infeliz maridaje, un viento fuerte, ¿oceánico?, que levanta en sus calles torbellinos de tierra arenosa.

La tierra de Bahía es triste de recordar. La tierra y el agua. Esto último acentúa uno de los principales inconvenientes de la ciudad. No existe agua potable a profundidad asequible, aunque a un poco más de un metro, en ciertos sitios se halla primera napa apenas utilizable. En la estación del ferrocarril se perforó hasta doscientos cuarenta metros para llegar al agua buena. En esa perforación el agua surge con una fuerza ascendente que supera los seis metros del suelo. Contiene 10.5 de residuo alcalino por litro. Es común, pues, utilizar el agua de lluvia, la que de las cañerías de los tejados, atropellándose en rezongos espumantes, salta a la oscuridad de los aljibes o al tinajón panzudo y fresco que cuando vacío suena como un piano. Pero como el cielo no es todos los días generoso, y como los cínifes con sus espadines hacen sus correrías y su esgrima a flor del agua quieta...

El centro de la ciudad lo marca la plaza Rivadavia, tal vez la única. Nuevamente, igual que en otras ciudades, aparece la plaza como el corazón de la ciudad. Esta se extiende, raleada, más de quince cuadras, en todo sentido, menos al este. Bahía no tiene paseos, no ha tenido aún tiempo de hacerlos, quizá no tiene tiempo para pasear. Carece, pues, de otro de los encantos desinteresados, encanto culto, en cuanto substraer a la gente de recreos menos dignos, ofreciéndoles la visión serena de los árboles. Es cierto que hay un descampado señalado para parque, un parque en veremos, que se realizará cuando haya ratos de ocio. Y esta plaza tiene un aspecto de aridez, de raquitismo, como las plazas de los

barrios fabriles. Con sus arbolitos cenicientos, sus cuadros donde amarillea el césped y ese carácter de improvisado y reciente que hay aquí en una y otra parte, no es por cierto una invitación al esparcimiento, sino más bien un atajo para gente apurada que corta camino. Al frente está la iglesia, la única. Una iglesia aun para los más liberales tiene un significado espiritual honroso. Dice, como todo culto, de un vuelo de almas a esferas mejores, dice de íntima inquietud y de recogimiento. En Bahía hay un absoluto indiferentismo en el terreno religioso. La iglesia está como trasplantada a un medio que no le es propio, a un medio incómodo, al cual por fin vendrá a adaptarse, perdiendo el fervor de su simbolismo. Será una casa más, no un templo. Estoy en ella y la veo desierta en días que conmemoran la tragedia del Gólgota. Tiene un olor a nuevo, a pintura, a madera. El **púlpito** parece un cáliz, asentado en un pie central como un cáliz o una copa y los crucifijos envueltos en sedas violetas tienen la forma de los corazones: hay demasiada claridad, una claridad profana.

Imagínense unos tranvías con locomotoras. Así son: delante del coche hay una máquina de vapor tan grande como él, que progresa con un repetido ruido de herrajes y derrama en el ambiente jirones de humo y rocío de hollín, todo entre un gritar de campana alarmada. El viaje no es precisamente delicioso. ¡Qué idea se ha tenido! Los caballos sonríen al ver pasar jadeante y trabajada, importante y complicada, a esta enorme máquina negra.

Apenas es creíble, dado que no se percibe desde el primer instante la importancia cuantitativa de la población, el hecho de que funcionen aquí, o en la jurisdicción veintiséis escuelas primarias. Probablemente con tanta avanzada de primera cultura el porcentaje de analfabetos debe ser de lo más reducido del país. Esos establecimientos tendrán pronto una parte de su personal con diploma local, pues funciona una escuela normal mixta. En verdad es una escuela que se la siente, pues en la hora del recreo toda la manzana vibra con una gritería de las que se respetan.

El elemento obrero es una potencia como en ninguna otra parte. Están fuertemente organizados, como un bloque, y tienen una cultura bastante acentuada, al menos en el conocimiento de sus derechos. Mucho han hecho en este sentido la propaganda socialista y avanzada, las conferencias periódicas y el mismo espíritu de asociación. Hay cinco sociedades de resistencia, importantes. Su acción se extiende quizá en todas las clases en lo que se refiere a las ideas liberales, o mejor dicho antirreligiosas, lo cual está muy lejos de ser liberal.

Pero más vale, sin duda, pasar afectando un poco de delicadeza, del terreno de las ideas de religión, que la democracia ha hecho vulgar como un asiento de tranvía, a la contemplación del paisaje que aun en el más nimio detalle tiene una belleza recóndita, y en todas partes la serenidad de las cosas naturales. Los alrededores de Bahía por el lado hacia el océano, son de un encanto manso, un encanto tímido: una sucesión de colinas verdes, apenas pronunciadas en la llanura pampeana. Sin un árbol, sin un detalle brusco, tiene la quietud ondulada de un mar sereno y los muros blancos de las casitas parecen blancas velas que no palpitan en este ambiente muerto de día de verano, blancas velas tendidas hacia el vacío del azul lejano... Al otro lado, la pampa bonaerense, la monotonía de los yuyos amarillos, los bueyes color ladrillo, los alfalfares lisos como tapices y los penachos nevados de las cortaderas... de cuando en cuando el silbido desgarrador del tren, el tren, como dice un verso, anapesto de hierro golpeando en la unánime paz de los campos.

El puerto de Bahía Blanca, se dice; pero no es de Bahía Blanca. Absolutamente independiente, está desprendido de la ciudad, que es mediterránea. La separa una legua que

no logran hacer continuación de pueblo los depósitos de materiales que se levantan en su línea. Nuevamente las estibas de madera, los galpones donde alargan a más no poder su largo cuello las trilladoras y los bancos de azabache de los montones de carbón. En seguida el puerto de Ingeniero White, una calle negra y al fondo los mástiles. Precisa todavía caminar unas cuadras en terreno agreste que barre la violencia de los vientos marinos y se llega al pie de dos grandes catedrales grises, imponentes, mirando la inmensidad con los párpados levantados de sus cien ventanas. Tragan trenes; y a su lado los grandes colosos prorados tiran las anclas y descansan. Son los elevadores. Adentro, en una suave oscuridad, hay una labor silenciosa: un tajo nervioso corta los vientres grávidos de las bolsas y cae sobre las rejillas del subterráneo un vómito dorado de trigo susurrante. Afuera, las moles inmensas empequeñecen a los hombres. Y cuatro hileras de buques, de calado de ultramar que aguardan inmóviles el manantial que les caiga de una ventana abierta de los elevadores para tornarse satisfechos y lentos a la bruma del Thames o al calor generoso del Mediterráneo. Sin embargo, domina en el puerto una soledad de día de fiesta. Todos saben, y se lo dicen con secreta angustia, que la cosecha no ha tenido ni con mucho la prodigalidad de los mejores días. Por eso el puerto, como la ciudad, está un poco triste. Y esa tristeza se acentúa en la tarde moribunda cuando se echan las miradas a vagar por el fondo del puerto y aparecen pedazos de playa a flor de agua, del agua de un verde cristalino, absintio. Están los retazos de tierra seca entre las aguas infinitamente móviles y sobre ellos se posan bandadas de gaviotas. Se levantan y cortan el espacio con la ligereza de un tijeretazo. Sus gritos son de riña.

De lo más original que se ve en el país es esta población de Ingeniero White. Un pueblo de ribera, pero de ribera inglesa. Veo los letreros en las paredes, aquí y allá, *shipchandler, bootshop, smokeroom...* Sobre estacas que las levantan del suelo se alinean las casas todas iguales, de madera y de zinc, coloradas, verdes y azules, verdes, azules y coloradas. Y todas son cervecerías, billares, botellerías, casas de comida. Un poco Boca y un poco Paseo de Julio, pero más limpio, más quieto, más extranjero. ¿Quién sabe aquí el español? La concurrencia es toda de marineros unidos sólo por la comunidad de la vida idéntica, por la fraternidad del mar, y divorciados por el lenguaje, que va en todas las gradaciones del eslavo al sajón. En verdad que no se sospecha estar en la República Argentina.

Esto, las cuadras enteras de cafés, es lo más ribereño; mas aquí hay calles como senderos de parque y en ellas los *chalets* ingleses. Nota de primaveral delicadeza, nota aristocrática y selecta entre galpones a un lado, y a otro el puerto de carga. Se ve a lo lejos la torre de la municipalidad envuelta en la bruma de una lluvia imprevista. Se alumbran los primeros faroles.

Y aquí, a la entrada del *chalet*, junto a un evónimo, la *miss* toda de blanco, delicada como una *mince* estatuita, con el volumen de Marión Crafford bajo el brazo. Si hablase me llegaría su voz de plata, las sílabas inglesas ligeras y finas, como colibríes que se persiguen. Veo la torre de la municipalidad desvaneciéndose en las primeras sombras.

ROSARIO

Primero, un caserío en una altura, cuadrados rosados y gris de techumbres. Más cerca, unas puntas hiriendo la seda de los cielos: son mástiles. Pero todavía, antes de que se definan los contornos de la ciudad presentida, nos acompaña el decorado de las márgenes del río, la visión verde de los árboles, húmedos del vecino frescor fluvial, el tumulto de las ramas mirándose en el agua, y en ella multiplicando la muralla verde. El sol enciende una franja temblorosa y espléndida en el medio del río, y en el medio de esa franja, que es una sola, inmensa gema, adelanta la prora con su inmortal jadeo; recorre un camino, bello como el camino de oro puro de los príncipes que en el cuento de hadas van a buscar el Agua de Vida. Pero es un oro ilusorio, el oro del sol, el oro de todos los días; el de las cigarras. No importa; para un poeta todo lo que brilla es oro, y yo tiemblo, emocionado ante esta riqueza inaudita, cuyos bordes atraen, de muy lejos, el cabrilleo marino, inmensidad de pétalos brillantes que vienen y vienen, sin parar, a fundirse en la gloria común fulgurante en el medio del río.

De pronto, una bandera sube al mástil, bandera roja, herida temblando en el aire. Y la sirena suena, dando un zarpazo en la rumorosa quietud meridiana. A la derecha, un islote con dorada bordadura de arena. Es el Espinillo, fértil como en los paisajes de los cromos a dos tintas: un tono verde, claro e igual para la tierra, un tono azul, claro e igual para el cielo. En frente, el puerto, con las moles de sus elevadores, las grúas centinelas, las estibas de tablas, pero, ante todo, el estadio metálico del agua, donde duermen en hileras quietas los grandes buques colorados y negros, monstruos pacíficos. Ya estamos a los pies de la hija mayor de Buenos Aires. Pero toda oculta por la alta barranca que la protege junto al río, sólo muestra las torres hermanas de la catedral y las chimeneas de la Refinería, ennegrecidas en lo alto. Una iglesia y una fábrica son sus denunciadoras. La una dice del hombre que levanta los ojos al mutismo del cielo, en busca de los sentidos espirituales. La otra del que se inclina a la tierra en la tenacidad de la obra.

Puerto magnífico de ciudad magnífica y fuerte con la fortaleza de las ciudades nuevas y grandiosas, donde el esfuerzo del capital, sólo y único, la materialidad de la épica, sin más ideal que el dictado por la inmediata necesidad, ha levantado una obra digna de los himnos, que, para los que comprenden la belleza en todas sus fases, es tan grande y noble como la primavera de una lira genial. Admiro el esfuerzo humano que pone una piedra sobre otra, tanto como el gesto gracioso que corta una rosa. Y no soy emoción muerta ante el espectáculo de una calle moderna, ni ante las caras estoicas de las fábricas.

A la ciudad provincial que ha demostrado en el menor tiempo la mayor potencialidad económica, corresponde este muelle de cerca de cuatro kilómetros que ahoga en el agua la firme muralla de piedra clara y los múltiples pies de vigas negras, a cuyo lado se extienden cien mil metros de calzada. Veo, en frente, en el canal dragado, treinta buques de ultramar, y de este lado, arrimados a los muelles, treinta buques de ultramar, que esperan, pacientes, con los enormes vientres abiertos, a que los violentos chorros de los elevadores se los aneguen, echándoles el fruto de las cosechas, la carga incesante, que parece continuada hasta donde ha sido segada, y que rueda sólo en el muelle, sobre treinta y siete mil metros de vías ferrocarrileras, a tres rieles. Más tarde, esa carga será almacenada en veinte galpones de ochenta metros de largo. ¿Se comprende la grandeza?

No está concluido el puerto. Empezado hace más de cinco años —recuerdo todavía la algazara de los diarios cuando se otorgó la concesión a la compañía francesa—, empezado

hace más de cinco años, tiene aún para mucho, pero será para mayor engrandecimiento de sus instalaciones. Por una parte hay que desmontar barranca, labor penosa; y por aquí, por allá, se oyen, cargadas de tierra amarillenta, el rodar de las vagonetas, un poco sibilantes.

Entre el tumulto de la carga y descarga, la selva de los detalles: las cintas metálicas se deslizan, llevando la arena que cae, lloviendo en el sol, para formar conos perfectos, de diámetros iguales; lentamente, con sordo ruido, adelantan los vagones grises, se oye cantar el pregón isócrono de los vendedores de frituras y cigarrillos; los marineros, inclinados sobre los pilones de amarre, tiran de los cables y como un riel negro bordan la palidez de la piedra las sucesivas manchas de aceite que caen de las grúas. Asomándose, se miran las balandras, repletas del producto de las huertas isleñas, la cargazón compacta de coles sobre las cuales palpita inquieta la sombra de la bandera de la embarcación, y al lado el *yacht* de paseo en cuya cubierta, una dama lee magazines, el *Strand* o el *Cosmopolitan*, como en la baranda de un hotelito de veraneo. Y en el medio la draga con los cangilones que todo el día se persiguen. A la noche, a veces el trabajo no cesa, pero es más silencioso, como cosa clandestina, y las lámparas lívidas mienten una lumbrera diurna, que hace aparecer más triste y cansado el ir y venir de los obreros. O sino, concediendo a las sombras su derecho al silencio, todo queda mudo y vacío, y el denso luto nocturno se muestra salpicado de los ojos verdes y colorados de los fanales y las boyas luminosas. He aquí que se habla de la noche y es el mediodía.

Es el mediodía, cálido, vidrioso. Se entra a ciudad por calles en pendiente, veladas al principio de nubes de polvo que dejan en los hombros una sutil pelusa rosada. Cuando se apaciguan, empiezan a verse los frentes de las primeras casas, descoloridos y pobres, en las calles muy solas. Entonces el cochero abre un paraguas. ¿Llueve? No, el mediodía es límpido como un diamante. Pero veo también sobre otros carruajes los paraguas extendidos. En seguida, la cortesía rosarina me da acabada respuesta: de un balcón arrojan un balde de agua. Es Carnaval. Se suceden, frecuentes, globos de agua, que me envían manos furtivas. A falta de impermeable, resuelvo envolverme en una grave resignación.

Sigue la visión de las calles. Al traqueo que despiertan las ruedas en el pavimento de piedra, un rumor de millares de palmadas, que persiste en los oídos como una obsesión, sucede el murmullo sereno sobre la madera uniforme igual al ruido escondido en la oquedad de un caracol del mar. Veo entonces las casas nuevas en las calles estrechas, la sucesión de umbrales blancos, las multiplicadas chapas de los profesionales, los letreros que juegan con el vecino a cuál es más grande; y me encuentro en Buenos Aires. ¿Es ésta la calle Florida? No; es la calle Rioja; pero los grandes *pans* de cristales de las vidrieras, tras de las cuales hay una exuberante nieve de ajuares, o muchas damas de cera, que con la floresta de peinados versallescicos sonríen a todo el mundo, a todo el mundo, las pobrecitas, sin tener corazón. ¡El arte de la vidriera!; se sabría cuánto es eximio si se viera a los dependientes con qué sabio experimento de todos los efectos, con qué fineza y delicadeza cortesana ponen un guante en el fondo de felpa azul de la vidriera; pero es por todo eso, y por sus casas uniformes, que se asemeja esta calle a la princesa porteña. Y también por sus gentes en los desfiles de los anohecidos. Desfilan los hombres por el medio de las calles, acompañados de un revuelo de varitas y de las manchas claras de los sombreros de paja como grandes crisantemos, por el medio de la calle, sin subir a las veredas, por singular modestia: desdeñan las alturas. A ambos lados, las señoritas, con los grandes sombreros echados sobre un hombro y la bolsita de cordón blanco golpeándoles la falda. Es, quieran creerlo, una calle Florida, que tiene ya la conciencia de su carácter propio, y ha perdido, por

consiguiente, las pretensiones imitativas. A la noche, la manchan los cuadrados de luz de los cafés, donde corre y corre la delgada polea de cuero. Las mesas están en la calle, más afuera de la vereda, y probablemente debe tener su encanto para los rosarinos levantarse de ellas a cada dos minutos cuando se acerca un coche con veleidades aproximativas. O la manchan los cuadrados de luz del club, que con la biblioteca desierta al frente dice que no hay adentro una multitud febril y ansiosa, una multitud de empleados públicos, rodeando las mesas de *pocker*. Dice mal. Un club curioso: el armazón del bar se corre y aparece detrás, una puerta que ofrece salida furtiva. La sala de gimnasia con sus aparatos herrumbrosos... En el salón principal cuelgan los retratos de los presidentes, llenos de orgullo de haber presidido en esta casa. Ante esos retratos, medito un poco, pero con indulgente suavidad, en lo vano en que los hombres fundan sus honores. En el Japón, por ejemplo, o en el Indostán, cuando a uno le dicen que es presidente de una casa donde se juega, el individuo se ruboriza un poco.

Se juega mucho. Llevan a uno a que admire la cuadra entera de ventanillas para vender boletos de *sport*. Son sobre el hipódromo de aquí y sobre el de Buenos Aires. Más de una cuadra de ventanillas: siento que no puedo felicitarles por tan enorme progreso. Hay el propósito de aumentar su número. Podrían ocupar con ese objeto la biblioteca pública, porque ¿para qué la necesitan? Con sus cuatro mil volúmenes, su mayor parte de memorias oficiales, y libros viejos que estorbaban en las estanterías privadas con sus tres o cuatro muchachos que van a leer los diarios y su encargado que debe conocer algún secreto soporífero, la biblioteca lleva una vida mediocre. Está en los altos de un mercado, y mientras se lee llega como vecino vuelo de zumbones, un rumor de serruchos y de hachuelas.

Un bello mercado, limpio como una sala de operaciones. Hay en lo alto un semillero de lámparas blancas. Aquí abajo funcionan en la exigüidad de los puestos, fábricas de embutidos instantáneos. Y por la tarde, cuando se queda solitario, los carniceros se entretienen en la operación de embutir retacitos de grasa en la lamentable flacura de la carne, hasta darle lozanía codiciadera. Las pobres vacas criollas sonreirían benignamente si pensarán en el destino que les espera de engordar después de la muerte.

Como estamos en el hipódromo y el cementerio está cerca, vayamos al cementerio. En el fondo nichos mohosos, ruinosos, derruyéndose pedacito a pedacito; en los senderos coronas rotas, por todas partes yuyo invasor, nombres borrados. Se pierde, pues, el culto de los muertos, y ellos, los abandonados, se levantan a veces y van a llorar junto a los vivos, que viven como quien huella lodo, la vida vulgar, apoyan las cabezas en las puertas de sus habitaciones y a la mañana están los vidrios cuajados de sus lágrimas. ¡Abandonarlos! ¡desampararlos! Es una ciudad progresista pero se olvida de sus muertos.

Ésta es la calle San Martín y en verdad que el nombre le cuadra. Se presta a cada nombre una imagen de la cosa, sin conocerla, y nos regocijamos íntimamente al encontrar identidad entre la concepción del espíritu y la realidad. Imaginaba la calle San Martín, mostrando en las esquinas los cafés que grandes cortinados pesados, cierran a la calle, y comercios por mayor, de enormes salones con estibas y un perfume profundo de madera; y tal vez un teatro, con un letrero luminoso cruzando la calle en lo alto, y un banco gris con ventanas altas, y puertas interiores que se abren a los lados sin golpearse, y quizás más lejos, al fin de la calle, las casas tranquilas, en cuyo patio de baldosas rojas un grupo de macetas levanta evónimos y helechos.

Así es: todo está como fue soñado, todo, hasta la casa del Banco, gris, con altas ventanas, y adentro el salón muy grande, las rejas niqueladas, las mangas de satín de los empleados, el humo de los cigarrillos...

Ya se comprende que el encanto de las calles ricas cesa a poco y empieza el suburbio polvoriento, pero sin casucas, sin ranchos, sin construcciones viejas. Son rosadas casitas, con su jardincillo al frente que un puñado de violetas lo florecería todo. A veces brilla, limpio, un patio de mosaico. Pero están desparramadas, sueltas, en medio de huecos grandes, como en Bahía Blanca.

Oigo un canto de cigarras. Están en los plátanos de la plaza principal. Debajo de ellos, en los bancos, muchos individuos duermen pacíficamente una siesta estival. El sol hace blanca la plaza; una blancura marmórea; y resaltan los caminos de *pórtland* con hojas secas, rotas. Fue siempre, de muy antaño, la plaza principal, y en seguimiento del modo español, a su alrededor se levantaron las casas de las autoridades. La plaza principal, en las ciudades viejas, resume a la ciudad; no hay más que mirar a sus cuatro lados, para encontrar el asiento urbano, el corazón, la ciudad fundada. Pero Rosario, ya crecida, ha apartado de ella algunas oficinas públicas en obsequio al extenso radio que sirven, aunque todavía están la catedral, la policía, la municipalidad.

Uno entra en la primera y ve por todas partes que armazones de andamios, ocultan con sus verjas groseras a los santos con las miradas en alto, y a las columnas doradas de los altares. Sobre una batea de mezcla brilla un arco de cirios; una llana entre las flores de seda de los floreros. Sin embargo, hay un silencio dulce, una sombra mística y todavía se puede soñar, aunque a ratos caiga una gota de pintura sobre el libro de misa de alguna mujer acurrucada.

La municipalidad... pero más vale que no hablemos de las oficinas públicas. Me parece que son como los empleados públicos: con corbatas de seda y espíritu de barro.

Y por fin, la policía, un caserón antiguo, con ventanas de reja y tres vigilantes con máuser a la puerta. En el medio de la calle un piquete de vigilantes hace evoluciones. Veo adelantarse, simétrico, el cuadrado de hombres vestidos de brin y me alegro un poco, como los chicos cuando pasan soldados. ¡Ah, si ahora, en este mediodía, sonasen músicas militares!

Parece que me he olvidado del monumento que se levanta en el medio de la plaza. No, no me he olvidado, y creo que me acordaré de él, en el Centenario, si veo en alguna confitería una alegoría patriótica, de azúcar blanco. Es una suerte de pirámide en cuyas esquinas, abajo, se paran cuatro hombrecillos de mármol: San Martín, Belgrano, Rivadavia y no sé qué otro. El tiempo no ha magnificado la figura de los próceres; al contrario. Son pequeñitos, regordetes y ligeramente cómicos. En lo alto, una República levanta el pie con la airada intención de golpear una cadena. Su actitud se parece a las de las niñas caprichosas en los cuentos de hadas. Oíd: “La princesa Roseta quería casarse con el rey de los papagayos. Entonces, su hermano el rey y su hermano el príncipe le dijeron: hermanita, el rey de los papagayos es un pájaro que no canta y que se come. La princesa Roseta quería casarse con el rey de los papagayos y sus hermanos no. La bella niña cierra los puños con ira y su pequeño pie golpea muchas veces el blanco suelo...”

He dicho que esta plaza es muy antigua; tal vez se acuerde que hace sesenta años, tenía dos hermanas más, la de San Lorenzo y del Cuartel. Cada plaza tenía aplicaciones más extensas que las de “higiene y recreo del público”, que les conceden los carteles. En la principal paseaban las familias. (Las mujeres: crinolinas, peinado de gorro frigio; los

hombres: pantalones acampanados, galera alta, corbata de plegado). En la de San Lorenzo paraban las carretas y se hacía mercado; la del Cuartel, se destinaba a ejercicios de los reclutas. Las dos últimas ya no existen: las plazas son también como las hojas.

Flecos de plazas son las calles arboladas cuya línea de incensarios verdes “pone en las aceras una sombra agradable”, dice la Memoria municipal. La simple frase me desvuelve ante los ojos el espectáculo de las veredas a las tardes, cuando sobre el suelo rosa tiemblan con el suave e infinito temblor del viento enjambres de manchas de violeta suave y de blanco de sol, porque los árboles “ponen en las aceras una sombra agradable”.

Todos saben que el 12 de febrero de 1812, el señor Belgrano, levantó en el Rosario la bandera argentina. El sitio histórico está en la plaza Almirante Brown. Levantarán un monumento.

El mejor paseo, el Parque Independencia. Se inicia en la intersección del *Boulevard Oroño* y la Avenida Pellegrini. Una especie de *petit* Palermo, con su avenida, donde se hace curso de carruajes, un zoo, cuyos escasos ejemplares necesitarían el pregón del hombre del bombo y la voz estentórea como en las barracas de feria; la ancha órbita rosada del hipódromo; los Bretes y alambrados de la Sociedad Rural, ahora desierta; las canchas de los juegos al aire libre, y, para que no se acabe el carácter de *petit* Palermo que he dicho, hasta tiene su restaurante nocturno; perdido entre arboledas, donde se pasan noches en blanco y adonde van algunas mujeres, no todas. Veo el agreste abandono de toda una parte del parque, la confusión de los yuyales amarillentos. Veo jardines correctos, de senderos no hollados, donde pastan algunas vacas. Es bello verlas buenas y tranquilas a la sombra moribunda de las acacias. Veo, por fin, que el sol en el silencio lleno de trinos de la tarde, baja iluminando la cima de los eucaliptos. Oigo el susurro de los eucaliptos. Camino lento, y *low-spirited*. Aparece, apenas perceptible, el primer farol encendido en este momento final, momento de ceniza y de vidrio empañado. Dentro de un rato brillarán por decenas los faroles, los arcos voltaicos y las inmóviles llamas de gas que tienen la forma de un nenúfar: todo un aderezo de las sombras y quizás me venga a la memoria la cosa leída, de las primeras luces en las noches de la aldea rosarina, cuando frente a una hornacina, en un hueco del muro, se encendía la mecha hundida en el cantarillo de aceite de potro; y quién sabe si no recuerdo el bando promulgado por el señor alcalde mayor: “Toda casa de trato de avasto deberá (devajo de la pena de seis pesos de multa por la primera ocasión y doce por la segunda) serrar las puertas de su casa todos los días de fiesta al tiempo de la misa mayor y vajo la misma multa se les aplica a los que no pongan farol ensendido a la ora señalada según costunvre.” Quisiera por un momento haber vivido en la época para encender, por fórmula, el inocuo farol junto a la reja salediza de mi casa, a la hora en que en las calles sembradas de charcos, brillantes a la luz de la luna, sólo se oyera, saliendo por las ventanas, el zumbido de los rosarios familiares y alguna guitarra sonase una copla de amor. O para entornar el viejo portón a la hora de misa mayor y salir a la puerta con el pantalón corto, donde brillasen dos hebillas de plata, para inclinarme al paso del alcalde mayor y regalarle una gramática.

Pero no es posible. Todo se conjura para decirme que estoy en mi edad. Allá, el campanilleo nervioso de los tranvías eléctricos, aquí, la escalera neumática del cuerpo de bomberos que estoy mirando. Quiero hablar particularmente de esta institución porque es la mejor del país, exceptuando a Buenos Aires. Y aún de esto último me entra una duda. Poderosa institución. He aquí una alta torre; con ella se domina hasta muy lejos y perennemente en su altura vigila un centinela, esperando ver la alta llama, como el vigía en

el palacio del Atrida, rey de los hombres. Dos cosas muy excelentes enorgullecen a esta institución, una es la escalera neumática que ya nombré; otra, un servicio de buzones avisadores, de todo punto indispensables en una ciudad moderna. Buenos Aires no los tiene. Quien va al Rosario y ve ya en un farol, ya en una pared, distribuida en toda la ciudad una caja pequeña de color bermellón, dice: ¿qué es eso? Bueno; eso son los buzones avisadores. Tienen sus llaves las casas de negocio y los agentes de policía. Cuando ocurre un incendio, se abre la caja, se levanta una manivela y seis minutos después desembocan en la calle los hombres al combate, precedidos del bronco vibrar del bronce. El aparato es simple como un juguete de niños; y los niños hallarían su delicia si tuvieran las llaves. Otra de sus utilidades se deriva de que contiene un manipulador telegráfico que permite desde el sitio de la acción pedir al cuerpo los materiales que lleguen a requerirse.

La escalera “Rosario”, construida según modelo propio del cuerpo, se subdivide en tres partes principales mecanismos para elevarlo, otro para el despliegue, y carro de hierro con pescante de apoyo. Se pone en movimiento por medio de aire comprimido que se obtiene por bomba a mano, o por otros gases en presión como oxígeno o gas de aceite. Es un encanto verla funcionar. Puede hacerse girar en cualquier dirección hasta 360 grados y se eleva a una altura de 25 metros, es decir, más alto que cualquier edificio del Rosario.

Para obtener de la tropa un concurso inteligente, el cuerpo ha iniciado la publicación de algunos folletos instructivos, que acentúen en ella los conocimientos profesionales. Otros datos: Rosario tiene cerca de setecientas llaves de incendio, treinta y cuatro compañías de seguros.

Existen tres teatros dignos de alojar a cualquier compañía, y en efecto, selectas compañías llegan a esta ciudad que tiene del arte cuatro nociones sumarias. Veo también en las vidrieras, los carteles en colorado y amarillo del domador de leones que está con grandes botas brillantes, sendos galonados en la pechera escarlata, bigotes emperadores: una actitud cesárea. Reclinado en el león, es digno del verso. Espectáculo popular. Esta noche iré a verlo. Iré a las graderías, y cuando el muchacho que esté a mi lado con palpitante asombro me diga: — ¡Trabaja bien, eh! yo contestaré; “Sí, trabaja bien,” y al fin, mezclado a la turba que se atropella, saldré del circo con un ardiente deseo de ser domador de leones, poner en sus fauces abiertas, la mano hecha para la lira de las cosas íntimas... Al fin y al cabo, el circo me encanta más que el teatro serio. ¿A qué iré a él sino a ver la eterna historia del adulterio de las comedias francesas?

Hablamos del teatro; y bien. Tengo entre mis apuntes uno que dice sólo esto: *La flor de un día, Las borrascas de un corazón*, 1854. Esto quiere decir que un día del año 1854, paseaban por la ciudad con sus caras rapadas los cómicos de la primera compañía teatral que vio el Rosario. Paseaban entre la admiración de los jóvenes, parados en las esquinas, junto a los postes de atar los parejeros. Esto quiere decir, que una noche del año 1854, en un pobre salón alumbrado por velas, se mintió la vida en el escenario, con un lleno inaudito, a pesar de los apercebimientos eclesiásticos. Quiere decir que en noches sucesivas, una muchacha picaruela empezaba a decir: *bello país debe ser...* y al fin las damas lloraban a moquillo suelto. O se daba *Las borrascas del corazón*. Su título lo dice todo. Pobre teatro romántico con tus borrascas del corazón tan tremendas y tan pueriles. Descansa en paz.

El primer periodismo del interior, por la cultura, el número y la importancia de sus órganos, es el del Rosario. Revistando sus diez diarios se justiprecia la intensa moción espiritual de la ciudad que los sostiene, y el múltiple ejercicio de sus actividades; y limitando el pensamiento al diario mismo, se evoca a las rotativas, con los curvados clichés

de plomo, y la ancha faja de papel, infinita, que surge de la bobina siempre ligero, se evoca las linotipos, con el deslizamiento ligero, por los casilleros, de las pequeñas matrices de bronce, y el calor de su crisol; y también el largo taller de tipografía con la gente pálida y silenciosa envuelta en delantales, mucha gente, pues no se hace así no más un diario de ocho o diez páginas. Todo eso representa potencia afirmada en riqueza. Y pueden, en realidad, los diarios rosarinos constituir una autoridad, como dicen que constituye la prensa. ¡Qué variedad de caracteres propios tienen estos diarios! Cada uno es un hombre, delineado, inconfundible. Se les podría calificar por temperamentos: el grave, que habla con reposo, alzando y bajando lentamente la mano donde el índice se une al pulgar; el combativo que cotidianamente dice que todo es igual al 90, y por fin el jovial, que pesca al vuelo la ocasión para la paradoja. Lo he dicho: son hombres.

Al hablar del puerto, convenía referirse a la aduana. Pero el trabajo no aspira, no puede conservar el orden de sucesión de los libros de texto; tendrá, a lo que se ve, heterogéneo aspecto de una casa de empeños. Tocaba decir de la aduana que da a las arcas fiscales una venta anual que pisa en el umbral de los cinco millones de pesos oro. Si adoptáramos, para representarla, la amena ilustración de las estadísticas que ponen las revistas francesas, tendríamos una página de *Je sais tout*, con una torre Eifel y al lado muchas columnitas de monedas de oro. Entonces, lector, dirías con codicioso asombro, ¡cuánta plata! con el mismo asombro que te toma cuando lees las estadísticas y te enseñan que de la moneda andante pertenecen a cada habitante doscientos pesos, y tú preguntas ¿dónde están mis doscientos pesos? En realidad, ¡cuánta plata! es como para matar a la poesía si no se supiera que hubo hadas que dormían en lechos de monedas de oro.

Entre las diez y seis mil casas de esta ciudad no hay ninguna pintada de blanco. El color de los lirios está proscrito. Y está proscrito por ley que vela que las casas no parezcan novias. De suerte que quien ama al inocente primario desterrado sólo se atreve a darles un blanco falso, un amarillento pálido como el de los espectros en los teatros.

Esta ciudad, que fundada en 1752, no tuvo más plantel que un grupo de indios calchaquíes reducidos a pleito y obediencia, ni más casa que una miserable capilla de paja, a cuya puerta, tras la mies de espaldas de cobre de los indios se hincaba el *pioneer* hispano, junto al arcabuz; esta ciudad es hoy una química activa de naciones en la cual el elemento nativo representa la quinta parte exacta. Y que se cuente que llega a ciento cincuenta y dos mil el número de la gente que en ella vive. Los argentinos, pues, confiesan la vencida, y si hurgara más, más se aminoran, ¿pues qué parte principal tienen ellos en el enorme impulso industrial que se marca en los últimos años de la vida rosarina? Proviene, casi solamente, de la inmigración que llega de centros manufactureros. Que esta confusión de encontradas costumbres de gentes diversas disocie el carácter uniforme de ese pueblo, es indudable, pero creo en la vanidad de la intención proclamada de disolver el fenómeno por el sentimiento patriótico basado en el culto a la tradición. La patria no está en el pasado; es toda futura, cosa que vendrá, esperanza. Cuando se mira bien el pasado, la vaguedad de sus ideales, la disgregación de su espíritu rencoroso entre sus mismas partes, y hasta sus glorias, no bien acendradas, uno suspira y dice: felizmente todo ha pasado. ¿Y sobre eso se quiere fundar la nacionalidad? ¿no valdría mejor empezar a formarla con ideales nuevos?

La enseñanza pública, en relación poco difusa, en relación pobre. Las tres cuartas partes de los establecimientos de enseñanza son particulares. Y ya sabemos lo que eso significa: padrenuestros a cada campanada, o en las laicas, no más fin que el lucro, como si la aritmética y la geografía fueran una marca de cigarrillos. Pobre, he dicho. Y si no, ¿cómo

se explica que haya en esta ciudad treinta mil personas analfabetas? ¡Qué proporción enorme! ¡qué comprobación dolorosa! Alguien se asombraría, y con razón, si mañana se levantase aquí una de las escuelas previstas por la ley nacional, una de las escuelas destinadas a las campañas casi desiertas.

Se envanece Rosario de poseer un bello edificio escolar. Un orgullo legítimo y ojalá encuentre fundamentos análogos para multiplicarse. Tiene el nombre de un gobernador, pero no importa. Está en una calle tranquila, familiar, ordenada y limpia como un vestíbulo. La vereda tiene jardines; unas orlas verdes donde pintan flores menudas, como puñaditos de besos; y donde sube armoniosa, la ramazón oscura de dos o tres ligustros. Y en el medio la gran entrada, casi de arco, que cuatro columnas velan, y a los lados en los dos pisos, las repetidas ventanas y balcones que cierra una celosía fina, laminada, la celosía moderna que no pierde en fortaleza lo que gana en delicadeza. Se diría una casa de gobierno, si no se viera en las veredas el bullicioso tumulto claro de los niños, cuyas palabras saltan ligeras, como alas entumecidas que se agitan, después de la forzada reclusión del tiempo escolar. Si se entra, se entra en un vestíbulo que disiente absolutamente con la severidad amena de la arquitectura del frontispicio. Pintado al óleo, sembrado de ecusones, bandeletas y florones, es algo versallesco. Adentro, la cauda nevada de las escalinatas de mármol, las grandes aulas nuevas, claras, depositando en el espíritu una ráfaga de confianza enlazada a la luz meridiana que desparraman pródigas vidrieras. Tiene al lado el edificio de los tribunales con su torre de cúpula azulada, y su interminable techumbre de latón pizarra. Un poco ruinoso, tranquilo, el edificio parece con sueño. Y entrando en él, lateralmente, en los corredores la baraúnda de los amanuenses, de la gente que espera y desespera, las maquinaciones habituales en los dominios del papel de oficio y unas oficinas pobrezucas, desnudas, y un patio que ganan los yuyos no hollados, el musgo que quieren ver los chinos en el umbral de sus tribunales. Me dicen que esta casa presta apreciables servicios en las revoluciones. En ese momento el viejo reloj de la torre deja caer las campanadas del mediodía. Las horas caen como cosas y como de manos desalentadas. Todo el mundo entonces se marcha a su casa. No sé si dije que en las oficinas públicas se trabaja sólo por la mañana.

Una ciudad, excelente en tantas cosas, no podía quedar atrás en el capítulo de los nacimientos. Rosario está apurado por crecer. De aquí, no sé cómo, le nacen muchos hijos, más que a las otras ciudades, pues marca un treinta y ocho su tanto por mil de nacimientos, en relación a la población total: más del doble que París. Es un buen síntoma, pues se observa que la natalidad aumenta particularmente en donde mejoran las condiciones de vida. Rosario la prolífica.

A la madrugada, la ciudad está orlada de una neblina violada, de olor penetrante, fuerte, inolvidable, como el del estiércol quemado. Es el humo de los hornos de ladrillo. Son innumerables, y acá y allá desmontan grandes extensiones de terreno, que quedan uniformemente llanas como un salón de patinaje; y acá y allá se elevan pirámides rojeñas y se multiplican hasta muy lejos, como un campamento, las sucesivas líneas de ladrillos oscuros, palideciendo al sol. Son innumerables las fábricas, y, es claro, innumerable es también la cantidad de construcciones que un ansia cotidiana y constante levanta.

A la madrugada, hay también otro olor, que llega en hálitos tibios. Se vuelven las miradas y aparecen en los locales, aún un poco oscuros, los montones de pan dorado crujiendo todavía. ¡El olor de las panaderías! O si no, es un olor selvático. Llega entre un

ruido de maquinarias que recién empiezan a jadear hasta la vereda clara que una pelusa verde tonaliza. Allí se elabora la yerba mate.

Afuera del radio urbano, al noroeste, se levantan los talleres del Central Argentino, que representan un modo de las industrias rosarinas, dado que construye coches de ferrocarril, con renombre en todas partes, por la perfección y exquisita delicadeza de la obra. En medio de tantos galpones rosados, iguales, con la misma techumbre angular y los mismos ojos de buey para luz, no se distingue uno en el cual no suenan los martillazos de la forja ni el chirrido de la lima, sino muy levemente, alas de pájaros, el rumor de la oración. Es una iglesia; una iglesia en los talleres.

Y ya estamos a los pies del coloso industrial: la Refinería Argentina. A su alrededor se ha constituido todo un barrio obrero, con sus casucas en desorden, tiradas aquí y allá, y al atardecer su mundo de trabajadores, envueltos los más en una lona corta ceñida a la cintura, y en la cabeza desgredada la boina azul marino. Se oyen, en una confusión de sonidos que nada nos expresan, los idiomas más lejanos, los menos habituales, los eslavos, y metálico, el guaraní alado. Volviendo los ojos, hay aquí una fonda rumana, al lado una fonda búlgara, más allá, una fonda polaca o turca. La calle de entrada tiene, de un lado, una línea de moreras con las hojas abarquilladas como manos que van a coger agua, y en el medio es rosada y negra, y entrega al viento un velo pálido de polvo y de limadura de carbón brillante al sol. Hay en los alrededores un olor peculiar persistente, fastidioso, como de cáñamo húmedo. En seguida, líneas enteras de convoyes ferrocarrileros, que sirven al solo establecimiento. Adentro, el primer ejército laborioso, los recipientes que giran y giran, el departamento de centrifugación del azúcar. Llega ésta, rubia y morena. Es de Tucumán, del Brasil, de Europa. Se centrifuga para librarla de las impurezas mayores, y pasa, corriente enorme, a tanques purificadores, donde hierve, se torna absolutamente líquida, pero vuelve a adquirir un granulado fino, más pálido, más uniforme, y es entonces que se la separa de la maleza y se suelta, hirviendo, a conductores que la arrojan a nuevas turbinas, que giran y giran, y aquí también por el sistema de las cámaras de vacío, se enfría, toma consistencia, pasando gradualmente de un rubio de cabellos de oro, al verde pálido de los ojos femeninos, y, por fin, al blanco lilial. Se la saca en grandes bloques curvos de unos setenta centímetros de alto por quince de ancho, si es para ser apisonada, pero si se la quiere en cuadritos, basta disponer en el interior de la turbina una serie de finas hojas metálicas, entre cuyos espacios se solidifica el azúcar y sale en tabletas que es fácil dividir cuadriculadamente por un sistema de guillotinas. Son, pues, tres operaciones principales y todo es sencillo, encantador, y es el azúcar tibia bocado delicado, como las ventanas y las tejas de la casita de azúcar que los niños perdidos, Hansel y Gretel, hallaron en el bosque. De aquí, se alzan los ojos, y por las ventanas luce abajo, con brillo dormido, la serenidad del río. De pronto, en el suelo, uno halla, a sus pies, un agujero que descubre, una corriente subterránea, caliente, de un líquido betuminoso y rojeño. Es la melaza que corre por grandes canales cubiertos a tanques, donde fermenta y se transforma en alcohol, pasando por la tubería de los alambiques. Porque este establecimiento no es sólo una gran refinería, sino también una gran destilería. Suele haber en los tanques una existencia de más de doscientos mil litros de alcohol, del alcohol incoloro y puro, vivificante, que compra la gente a un peso y setenta y que la refinería rosarina vende a diez y seis centavos, y las de Tucumán a doce y catorce.

Queda todavía que hablar de las instituciones sanitarias, que excelentemente organizadas sirven a esta ciudad: la asistencia pública, el dispensario, el laboratorio de

bacteriología, el de vacuna, el instituto antirrábico, la casa de aislamiento y los hospitales sostenidos por instituciones privadas. Pero ya estamos a la sombra de un mástil, con el corazón a nuevos rumbos, y frente a la ciudad que se aleja, que se empequeñece a la distancia, con sus casas y sus vanidades, estamos a punto de decir: ¡Con más virtud, qué grande serías! Pero pensando que lo mismo se puede decir de todo el país, y como en ese momento un vuelo de palomas se alza de un tejado, la voz sólo atina en un saludo casi de resignación, que me enseña el buen Azorín: “Salud, palomas; felices vosotras”...